

Requieren los grandes héroes  
 Las poderosas cuchillas;  
 Allende, Abasolo, Aldama,  
 Matando se centuplican.  
 Los hombres inermes mueren,  
 Las hembras temblando gritan,  
 Y á punto están de envolverse  
 En confusión inaudita,  
 Vencedores y vencidos  
 En atroz carnicería,  
 Cuando se escucha un acento  
 Que las mil voces domina,  
 Como apaga el ronco trueno  
 De aves inquietas la grita.  
 "Tomad, si queréis, traidores,  
 "De los que luchan las vidas,  
 "Y no cebéis en mujeres  
 "Y en los inermes las iras;  
 "Donde caiga nuestra sangre  
 "Nacerá vuestra ignominia,  
 "Y donde diere la sombra  
 "De nuestra tumba, habrá un día  
 "Que como sol reverbere  
 "La independencía divina.  
 "Horror causarán al mundo  
 "Vuestras frentes maldecidas,  
 "Que la mancha de traidores  
 "No borra la muerte misma".....

Los alevosos verdugos  
 Ciñen á la comitiva,  
 Y el convoy sigue su marcha  
 De la tropa entre las filas.

GUILLERMO PRIETO



## La muerte de Hidalgo

Alza ¡oh muerte! en medio al pueblo  
 Tu esqueleto descarnado;  
 Y con esa voz que vibra  
 En las almas con espanto,  
 Dile cómo Hidalgo el grande  
 Cayó rendido en tus brazos,  
 Y refuerza sus acentos  
 Para que crucen los años.  
 En la portada de Agosto  
 Se reflejaba el sol claro;  
 La ciudad está desierta  
 Y silenciosos los llanos;  
 Escuchábase con miedo  
 E. resonar de los pasos,  
 Cual si perturbar temieran  
 De un moribundo el descanso,  
 O despertar de su sueño  
 Al tigre mal resguardado.  
 Nada revelan las voces,  
 Y nadie interrumpe el tráfico;  
 Pero se ve en las miradas  
 Cierta intenso sobresalto,  
 Prontos á llorar los ojos,  
 Frontos á gemir los labios,  
 Y el sol como amarillento,  
 Y cual de luto el espacio.

Como silenciosas nubes  
 Caminan en vuelo tardo  
 Grupos de gente del pueblo,  
 Que hasta el hospital llegando  
 Se dispersan y se pierden  
 Sin dejar ni leve rastro.  
 La plaza está solitaria,  
 El cuartel está cerrado,  
 Y cree percibir el vulgo,  
 O percibe, rumor raro,  
 Que traduce misterioso  
 Su conmoción ocultando.....  
 Fanáticos en los templos  
 Oran y derraman llanto  
 Porque ven al Sacerdote,  
 Al de Dios vivo traslado,  
 Al que las llaves del cielo  
 Colocó Dios en las manos,  
 Entregado á los verdugos,  
 De la Iglesia perdonado,  
 Al cielo y á sus grandezas  
 Delincuente desertando.  
 Algunos en las alturas,  
 Junto al hospital nombrado,  
 Parecen seguir del drama  
 Los conmovedores cuadros.  
 Ya se forma espesa valla  
 Desde la prisión de Hidalgo  
 Hasta la pared maciza  
 Que cierra el segundo patio.  
 Ya se distingue un gran grup  
 Y vése en el centro á Hidalgo.  
 A su lado el padre Rojas,  
 Y otros padres á sus lados  
 Ya se percibe confusa  
 La voz del bélico mando,  
 Y marcha la comitiva  
 Muy lúgubre, y paso á paso.

Hidalgo va descubierta,  
 Su capa negra flotando,  
 Era negro su vestido,  
 Ni pulcro ni descuidado.  
 Va grave, mas sin tristeza;  
 Erguido, sin intentarlo,  
 Marchaba como marchaba  
 En su ignorado curato,  
 De los pueblos bendecido  
 Y de los pueblos amado.  
 El bien, la paz y el contento  
 Diligente derramando.  
 Detúvose un solo instante,  
 Porque dejaba olvidados  
 Unos dulces, que apacible  
 Les dió á los que le mataron.  
 Fila de estatuas parece  
 La valla de los soldados,  
 Tanta grandeza del Cura  
 Con lágrimas contemplando.  
 De pronto pavor horrible  
 Como que interrumpe el acto,  
 Y se duda, y se vacila,  
 Y hay miedo, terror y pasmo.  
 Mientras se formaba cerco,  
 Que suele llamarse cuadro,  
 Aislado entonces se aparta  
 Al centro, sereno, Hidalgo,  
 De majestad y de gloria  
 Y fe sublime radiando.  
 ¡Ay! los que le hubieran visto,  
 Y los que hubieran mirado  
 El valor de sus verdugos  
 Y de aquel heróico anciano,  
 Ni en argucias de doctores,  
 Ni en sutilezas de sabios  
 Desfogaran su impotencia  
 Derramando comentarios.

Hidalgo mira de frente,  
Preparar á los soldados;  
Se arrodilla en un banquillo  
Que pusieron de antemano;  
¡Estalla el trueno! las balas  
Vestido y carne rasgaron;  
Respetaban su cabeza  
Guardándola para escarnio:  
No expira el héroe convulso  
Y en el suelo derribado,  
Nuevas heridas su cuerpo  
Hacen, traidoras, pedazos;  
La noble cabeza, intacta,  
En roja sangre nadando,  
Mantiene abiertos los ojos,  
Fijos, apacibles, claros,  
Como bendiciendo al pueblo  
Y á la traición perdonando.

GUILLERMO PRIETO



## MINA

¿Quién es ese que descuella  
Grande como ignea montaña,  
Como sol resplandeciente,  
Bello como la esperanza,  
Gritando á los insurgentes:  
“¡No desmayéis! ¡á las armas!”  
Cuando creen que todo muere  
Y está expirando la Patria?  
Vedlo: juventud ardiente  
Le hace erguido como palma;  
Lleva en su frente la aureola  
De las heróicas hazafías,  
Y acredita que es oriundo  
De los campos de Navarra,  
Lo esforzado de su pecho  
Lo invencible de su espada.  
Viene, después que renombre  
Dejó en su nativa patria,  
La libertad adorando,  
De gloria sedienta su alma.  
Una pléyade le sigue  
De gente tan extremada,  
Que cada hombre es una estrella  
Que nuestro horizonte aclara.  
Toca en Soto la Marina,  
A Tamaulipas se lanza,

Y el trono de los virreyes  
Retiembla con sus pisadas.  
Si es émulo del torrente  
En sus impetuosas marchas,  
En su empuje incontenible  
Vence al furor de la llama.  
Ya recorrió la Frontera,  
Ya San Luis su vista alcanza,  
Y del Virrey los soldados,  
Cual jaurías azuzadas,  
Entre sí corren, se chocan  
Y de sí mismas se espantan.  
Por fin, Armiñan le sigue,  
Por fin, Armiñan le alcanza;  
"¡Alto, traidores!" les grita,  
Y comienza la batalla:  
Entre infantes y jinetes  
A Mina tres mil atacan,  
Y no son trescientos hombres  
Los que al navarro acompañan.  
"Vencemos—dice á su tropa,—  
"Seguid la luz de mi espada,  
"¡Avanzad! volad conmigo,  
Que Dios protege su causa."  
Young le secunda valiente,  
Novoa á la retaguardia.....  
Y gritos, truenos y horrores,  
Como huracán se desatan.  
Rafols, que era el gran atleta  
De la falange contraria,  
Le resiste furibundo  
En dos formidables alas  
Mina casi está perdido,  
Y casi sin esperanza,  
Forma reducido cuadro,  
A su tropa se adelanta:  
"¡Hurra!—prorrumpe esforzado,

"¡Hurra!—y retruenan las armas—  
"¡Hurra! y triunfo, mexicanos!"  
Y su gente entusiasmada,  
Cual río de lava ardiente  
Cunde, y troncha, y despedaza.  
A Rafols lleva un corneta  
Espavorido en las ancas,  
Y de Mina la victoria  
Se declara sobrehumana.  
A Mina aclama su tropa;  
El cariñoso la halaga,  
Y pide lauros y flores  
Para su segunda patria.  
Sólo un momento, uno sólo  
Viéronse en sus ojos lágrimas,  
Que fué al llevarle el cadáver  
De un noble amigo de su alma  
Que dejó vida y ejemplo  
En la sangrienta batalla.

Tal fué la acción de Peotillos  
Que el quince de Junio marca;  
Los serviles se aturdieron,  
Sobresaltóse Apodaca,  
Y las tropas insurgentes  
Rebosando en esperanzas,  
La noticia celebraron  
Con repiques y con dianas.

GUILLERMO PRIETO



## LA TRAGEDIA DE PADILLA

### I

¡Europa está conmovida!  
El titán que á Santa Elena,  
tras el horrendo desastre  
de Waterloo, Inglaterra  
arrojara encadenado  
como á la roca desierta,  
Júpiter á Prometeo;  
una mañana serena  
del suave y florido Mayo,  
abandona de la tierra  
los martirios que apuraba  
el genio de Arcole y Jena;  
y fortalecido el hombre  
por la luz que nos enseña  
el más allá de la vida,  
de lo eternal á la puerta,  
aquel alma de gigante,  
en brazos de Dios entrega,  
poder, ambiciones, vida,  
que asombro del mundo fueran.  
¡Qué inescrutables designios  
son los de la Providencia.....!  
A tiempo que Bonaparte,  
abandonaba la tierra;  
otro desterrado triste  
de la patria, por acerbas

y políticas pasiones,  
abandonaba á Inglaterra,  
llamado por sus parciales  
de México, y á la vela  
el mismo cuatro de Mayo  
en que Napoleón muriera,  
se dá ITURBIDE, que viene  
á la mexicana tierra,  
como el patriota soldado,  
que el honor ama y respeta,  
DON AGUSTIN DE ITURBIDE,  
autor de la Independencia,  
monarca después, y ahora,  
proscrito un año en la vieja  
Europa, donde calumnias  
y enemistades le asechan,  
y aquende el mar amontonan  
nubes sobre su cabeza,  
preparando la borrasca  
de una ley que le condena  
á muerte, si del destierro  
volver á la patria intenta;  
Don Agustín de Iturbide,  
á quien aman y desean,  
pueblo, ejército y amigos  
que anhelaban su presencia;  
sabe que LA SANTA-ALIANZA  
de las cortes europeas,  
pretende la reconquista  
de las hispanas Américas,  
ya emancipadas y libres  
de la colonial tutela.  
Esto, y las voces lejanas,  
que de la patria le llegan  
llamándole; no á ceñirse  
la corona pasajera  
de otros días, que dejara  
con abnegación suprema;  
sino el bien de sus hermanos;

el bien de la Independencia,  
 que en el caos de partidos,  
 envidia, ambición y guerra,  
 peligran; y que su brazo  
 y su prestigio pudieran,  
 salvar como en otro tiempo  
 en Iguala, con la enseña  
 gloriosa, salvó la patria;  
 que lo bendice y recuerda;  
 deciden su viaje al suelo  
 que lleno de afán le espera.  
 Iturbide siente el fuego  
 del valor y la nobleza.  
 La nostalgia lo consume  
 en su morada extranjera.  
 Oye las lejanas voces  
 que le llaman, que le cercan  
 de patrióticos deseos,  
 de halagadoras promesas,  
 y el ostracismo abandona;  
 al mar su destino entrega,  
 y con su esposa, dos hijos,  
 los más pequeños, y llena  
 de fé su gigante alma,  
 hacia México navega.  
 ¡Infeliz aquel que ignora  
 de las pasiones protervas,  
 esas tramas que en silencio  
 amenazan y condensan,  
 nubes de crimen, que el hombre  
 de gran corazón desprecia....!  
 Mientras Iturbide insomne,  
 volver á su patria piensa,  
 para ofrecerle su espada;  
 su sangre, que amor alienta;  
 de Veinticuatro el Congreso,  
 forja las duras cadenas  
 de muerte, para el proscrito,  
 infiriéndole una afrenta

de traición, que no ha cabido  
 en aquella frente excelsa;  
 y esa ley apasionada,  
 ingrata, y de dolo llena,  
 ¡que se ejecute, ha ordenado  
 el Poder, si se presenta,  
 Don Agustín de Iturbide,  
 de nuestra patria á las puertas.....!  
 Apenas han transcurrido  
 siete días, de la escena  
 en que votara el Congreso  
 esa ley; cuando Inglaterra  
 miró partir de su seno  
 al hombre de Iguala. Lleva  
 la confianza, que ignora  
 lo que la malicia espera.  
 ¡Siete días! ¿Cómo saberse  
 allende el mar, si las velas,  
 surcaban el Océano  
 meses y meses, expuestas  
 á perecer en las ondas  
 de tempestuosas mareas,  
 y el hilo de Morse, ausente  
 de los mares y la tierra,  
 dejaba mudas, sin voces  
 las soledades inmensas?  
 Iturbide á los cuidados  
 de Dios, á quien ama, entrega,  
 con noble fin su persona;  
 la esperanza de su empresa.  
 Su capellán; dos amigos;  
 su equipaje y una imprenta,  
 son del hombre calumniado  
 que conspiraba..... las lenguas  
 decían..... de los enemigos;  
 ¡el ejército que ostenta  
 al presentarse en las playas  
 de la mexicana tierra....!

## II

Era de noche. Una noche,  
de aquellas en que la calma,  
del cielo y del mar convidan  
al amor y á la esperanza.

El Spring, inglés velero,  
lejos está de la rada  
que de Soto la Marina  
lleva el nombre. Entre las jarcias  
del velámen, levemente  
murmuran dulces las auras,  
mientras que las mansas olas  
fosforescentes ó blancas,  
contra la quilla del buque  
chocan, y espumas de plata,  
dejan entre los vaivénos  
de las apacibles aguas.

La luna y los astros, rielan,  
y sus luces argentadas,  
siguen las blancas gaviotas  
caminando hacia la playa,  
sobre las ondas movibles,  
que ni duermen ni descansan.

¡Soledad! ¡silencio augusto  
de la noche! ¡Cuánto halaga  
á las almas soñadoras,  
el mar que inmenso dilata  
sus límites, para unirse  
con la bóveda azulada,  
en lejanos horizontes  
que apenas la vista abarca.

Sobre la oscura cubierta  
del Spring, figura humana  
se mira, cual si en asecho  
de alguien estuviera. Pasa  
la mano sobre la frente,  
y en esa actitud aguarda.

Golpes vivaces de remo,  
impelen ligera lancha,  
hacia el bergantín, dejando  
al bogar estela blanca.  
Llega á la escala del buque;  
se cruzan breves palabras  
entre el hombre de cubierta  
y los hombres de la barca.  
Aquél, empuña con brio  
los cordajes de la escala;  
desciende por ella, y luego  
ágil dentro el bote salta.  
"—Vamos", pronuncia, y los remos  
con fuerza hienden las aguas  
rumbo á Soto la Marina,  
en donde esperan la barca.

## III

De una escolta de jinetes,  
va marchando á la cabeza,  
don Agustín de Iturbide  
por el camino que lleva  
á San Antonio Padilla,  
donde su destino espera.  
Don Felipe de la Garza,  
á quien al llegar se entrega  
Iturbide, confiándole  
con lealtad y nobleza,  
su patrio amor, sus deseos,  
las esperanzas que alienta,  
de ver feliz á la patria,  
y los temores de guerra  
que allá en Europa, medita  
La Santa-Alianza, y de cerca  
pudo conocer en Londres;  
escucha en calma, que aterra  
á los soldados que siguen  
al Brigadier en su lenta

marchá; de Iturbide al lado  
por esas fragosas sendas.

—Me habéis escuchado, dice  
Iturbide; mis empresas  
conocéis..... decidme ahora,  
lo que de mi viaje deba  
esperar.....

—¡ La muerte! exclama  
Garza, con voz que resuena  
en aquellas soledades,  
como una lúgubre queja.....!

—¡ La muerte! repite el héroe  
de Iguala....! Mas la cabeza  
yergue noble y valeroso  
sin inmutarse siquiera....  
y siguen los dos marchando  
y de ambos en pos, la fuerza.

De pronto, Garza detiene  
á los soldados, les muestra  
de Iturbide la persona,  
y con voz que se asemeja  
al encanto mentiroso  
de la voz de la sirena,  
les dice: "El caudillo noble  
que allá en Iguala nos diera  
de la libertad ansiada,  
la más amorosa prenda,  
viene á ofrecernos su espada,  
su valor y su prudencia  
para conjurar los males,  
que ya la patria lamenta,  
Yo quedo en aqueste sitio,  
entretanto que regresa  
de Padilla un emisario.  
Seguidle vosotros; lleva  
el mando que yo le cedo;  
obedecedle, y que sea  
de hidalgua y de confianza,  
esta, la más grande prueba."

Dice Garza y se retira;  
Iturbide á la cabeza  
de los soldados prosigue,  
y del Brigadier se aleja.  
Su entrada al Congreso anuncia;  
el Congreso se la niega;  
y á poco, de San Antonio  
de Padilla en las afueras,  
Don Felipe de la Garza  
á marcha veloce llega.  
Despoja luego á Iturbide  
del mando que le cediera,  
y entre filas lo conduce  
al sitio que le reserva,  
de aquel decreto inhumano  
la meditada sentencia.

## IV

Cuatro soles han pasado  
desde aquel día funesto;  
y el quinto alumbra una fecha  
de tristísimo recuerdo;  
¡el diez y nueve de Julio  
de veinticuatro, en que al cielo  
subió la sangre inocente  
de un patriota verdadero;  
Iturbide ha protestado  
contra el inicuo decreto  
que ignoraba, y lo condena  
á la muerte.....! Aquel Congreso  
de Tamaulipas, desprecia  
el honor del prisionero,  
y en tribunal erigido  
y en personal incompleto,  
mira con indiferencia  
la justicia, y desoyendo  
también de Garza, las frases,  
en que imploraba el derecho



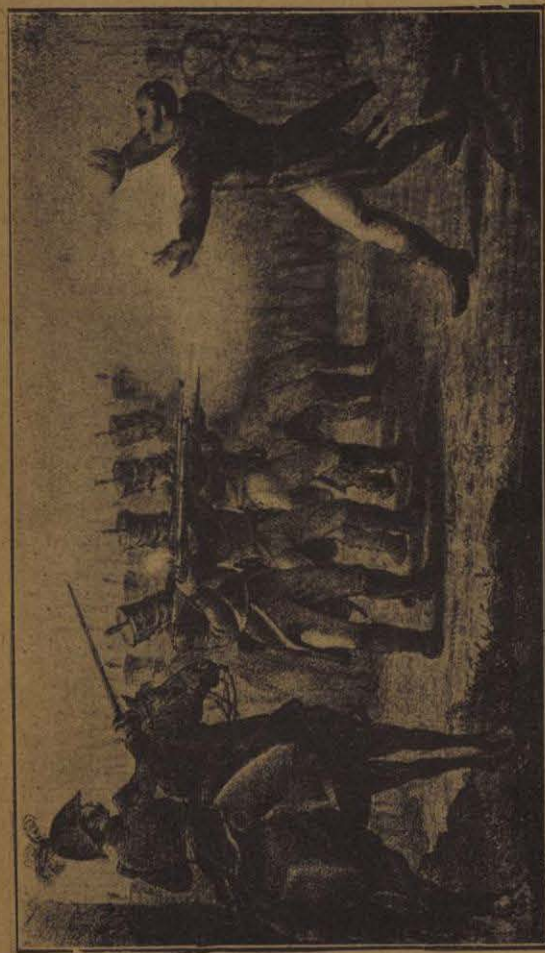
de vida para Iturbide,  
 ¡consume el crimen horrendo!  
 ¡Suenan las tres de la tarde!  
 un oficial del Gobierno,  
 penetra solemnemente  
 á donde está el prisionero,  
 y con la voz conmovida,  
 y mal seguro el acento,  
 á Iturbide la sentencia  
 lee durante unos momentos.  
 Termina y dice: ¡Tres horas  
 os dá de tregua el Congreso  
 para que estéis á muerte,  
 como lo querais, dispuesto!"  
 Pide la víctima noble,  
 que escuchó firme y sereno  
 su sentencia, que otro día  
 se le conceda.... Su anhelo  
 era recibir á Cristo  
 en el sacrificio incruento.  
 ¡Se le niega aquella gracia.....!  
 Le manifiesta el deseo  
 que su capellán le asista  
 hasta su postrer aliento;  
 pero también se desoye  
 aquesse favor postrero....!  
 Don Anastasio Gutiérrez  
 de Lara, uno de los miembros  
 del Cuerpo Legislativo,  
 sacerdote que el decreto  
 no votó contra Iturbide,  
 es llamado por el preso,  
 para cumplir los deberes  
 de aquel instante supremo.  
 De rodillas está el hombre  
 que fuera de un vasto imperio  
 el árbitro en otros días  
 de glorias y de recuerdos.  
 Hoy á los pies humillado

del Sacerdote, ha depuesto  
 de lo pasado sus culpas,  
 y ya tranquilo y absuelto,  
 se levanta. Con presteza  
 quita de su blanco cuello  
 un rosario, dulce prenda  
 del hombre cristiano y bueno.  
 Saca un reloj del bolsillo,  
 y con tierno y dulce acento,  
 al sacerdote suplica,  
 que esos sencillos objetos  
 á su hijo mayor envíe,  
 que se educa en un colegio  
 de Londres. Se lo promete  
 el diputado, y haciendo  
 á su conmoción violencia,  
 á los ojos el pañuelo  
 lleva; la estancia abandona,  
 y se aleja á paso lento.  
 En tanto la muchedumbre,  
 de soldados y de pueblo  
 que sabe ya la sentencia  
 contra el noble prisionero,  
 á quien ama todavía,  
 como le amó en otro tiempo,  
 se agita... murmura... quiere  
 salvarlo... pero el Gobierno  
 que abriga justos temores  
 de rebelión, con acierto,  
 manda acuartelar la tropa,  
 dispersa grupos de pueblo,  
 y sólo queda la escolta  
 que ha de ajusticiar al reo....!

## V

Las seis de la tarde daban  
 en el reloj de la iglesia,  
 cuando el fúnebre cortejo  
 que al ajusticiado lleva

al patíbulo, detiene  
 el paso y triste se acerca  
 á la Plaza, que parece  
 lúgubre sudario, envuelta  
 en esa luz mortecina  
 que el Sol al hundirse deja.  
 Iturbide ocupa el centro  
 de la comitiva y lleva  
 á su lado el sacerdote  
 que por su alma ora y ruega.  
 Noble siempre, siempre firme  
 aquel corazón que espera  
 volar á la eterna patria,  
 donde no hay dolor ni penas,  
 "Daré la postrera vista  
 al mundo", dice, y serena  
 la mirada luminosa  
 de sus pupilas, pasea  
 en torno de cuanto tiene  
 de bello naturaleza.  
 Al concurso se dirige.  
 Habla de amor, de obediencia  
 á Dios; y á los superiores  
 de El, imagen en la tierra.  
 Rechaza con santo fuego,  
 la innoble y cruel afrenta  
 de traidor, que han arrojado  
 enemigos que desprecia,  
 sobre frente que no manchan  
 calumnia ó maledicencia.  
 Alza los ojos al cielo;  
 cruza los brazos. Lo vendan.  
 Sobre el Crucifijo imprime  
 con fervor sus labios; reza  
 el Credo, símbolo augusto  
 de la Religión, y espera...  
 ¡Suenan las descargas! ¡El pueblo  
 mudo y aterrado queda;  
 y viendo tocar el suelo



Fusilamiento de Iturbide.

aquella noble cabeza,  
ídolo de amor un día  
para la patria, lamenta  
del Libertador de México  
la dolorosa sentencia....!  
Tal vez pensando en Iguala  
la muchedumbre se aleja.

La noche tiende su sombra;  
queda la plaza desierta,  
solo á la débil penumbra  
en la torre de la iglesia,  
se mira un hombre que ha visto  
con grande interés la escena.

Es don Bernardo Gutiérrez  
de Lara, que la sentencia  
mandó ejecutar gozoso,  
cual gobernador que era  
de Tamaulipas; y tanto  
del Libertador desea  
la muerte, que temeroso  
que la tropa se opusiera,  
á ejecutarlo, resuelto  
asciende á la torre y lleva  
consigo una arma de fuego,  
para cazar como fiera  
á Iturbide, si la escolta  
á dispararle se niega:  
¡que á tanto llegan los hombres  
por la pasión, ó la negra  
sombra del mal que oscurece  
el fondo de la conciencia....!  
Nada le debe á aquel hombre  
la patria; pero él sí lleva  
sobre la culpable frente  
una mancha. En la primera  
lucha de los insurgentes,  
cuando en Chihuahua cayeran  
de Hidalgo y sus compañeros  
las patrióticas cabezas;

Gutiérrez de Lara huye....  
 á vivir en Norte América,  
 para no ser molestado  
 por las insurgentes giebas  
 que Arredondo acaudillaba  
 en la independiente guerra.  
 Después... después... confesarlo,  
 causa rubor y vergüenza;  
 Gutiérrez de Lara..... el mismo....  
 una expedición á Texas  
 de filibusteros yankees  
 conduce, y él encabeza,  
 para vender de su patria  
 aquellas feraces tierras.  
 El éxito no corona  
 tan patrióticas ideas.....  
 y vuelve con el castigo  
 desastroso de su empresa.  
 En premio de aquellos actos,  
 de aquellas nobles proezas,  
 le llama el primer Congreso  
 á su instalación, y era  
 gobernador de un Estado  
 en la dolorosa época  
 que en San Antonio Padilla,  
 con sangre y luto escribiera  
 la Historia Patria en sus hojas  
 imborrables y severas,  
 uno de los grandes crímenes  
 que la humanidad recuerda.

ANTONIO DE P. MORENO.



## INDICE

	Págs.
Prólogo. . . . .	III
1. El Grito de Dolores, por Francisco Sosa. . . . .	1
2. Atotonilco, por Rodolfo Talavera. . . . .	5
3. Pípila, por Francisco A. Lerdo. . . . .	8
4. Charo, por Ramón Rodríguez Rivera. . . . .	12
5. La Batalla de Zacoalco, por Joaquín Gómez Vergara. . . . .	18
6. El Giro, por Manuel Acuña. . . . .	23
7. El Castillo de Granaditas, por José Rosas Moreno. . . . .	29
8. La Enseña de los Insurgentes, por Rafael Nájera. . . . .	33
9. Brazo de Dios, por Ramón Valle. . . . .	38
10. Bravo, por Manuel de Olagüel. . . . .	44
11. José Antonio Tornes, por Francisco Sosa. . . . .	46
12. La Fiesta de Chepetlán por Vicente Riva Palacio. . . . .	50
13. Quecholac, por Gustavo Baz. . . . .	54
14. Valdivia-Cureño, por Manuel de Olagüel. . . . .	57
15. La Jaula, por Ramón Valle. . . . .	67
16. La Jura de Apatzingan, por Gustavo Baz. . . . .	65

17. Los Indios de Ametepéc, por Francisco Sosa . . . . .	68
18. La Madre de los Rayones, por el mismo. . . . .	73
19. El Abrazo de Acatempan, por Gustavo Baz. . . . .	77
20. Héroes ignorados, por Rafael Ceniceros y Villarreal. . . . .	80
21. El Indulto, por Gustavo Baz. . . . .	83
22. Vicente Guerrero, por José Peón y Contreras. . . . .	86
23. La muerte de Pedro Ascencio, por el mismo. . . . .	89
24. La Retirada, por Ramón Valle. . . . .	92
25. De Marinero á Trapista, por Juan de Dios Peza. . . . .	96
26. La Retirada de Acapulco, por Manuel de Olagübel. . . . .	102
27. Atlilxco, por Ignacio Pérez Salazar. . . . .	104
28. Retrato de Guerrero, por Ezequiel A. Chávez. . . . .	107
29. El Cura de Dolores, por Diego Bencomo. . . . .	109
30. Un Secretario Heróico, por Ignacio Pérez Salazar . . . . .	115
31. La Misa en el Monte de las Cruces, por Guillermo Prieto. . . . .	118
32. La Noble acción de Bravo, por José Fernández de Lara. . . . .	121
33. At Pánuco, por Joaquín Téllez . . . . .	125
34. Hidalgo, por Rafael Nájera. . . . .	129
35. El Orto de un Astro, por Juan de Dios Peza. . . . .	136
36. Hidalgo en Celaya, por Rafael Ruiz Rivera. . . . .	140
37. Hemmenégildo Galeana, por Fulgencio Vargas. . . . .	142

38. La entrevista en Charo, por Fulgencio Vargas. . . . .	147
39. El Sargento Borrego, por E. Amador. . . . .	153
40. El Jaral, por Rafael Ruiz Rivera. . . . .	157
41. Un Sacerdote Patriota, por E. Amador . . . . .	161
42. Un Sacerdote Mártir, por E. Amador . . . . .	165
43. La Orden, por José de Jesús Díaz. . . . .	170
44. Batalla de Aculco, por Guillermo Prieto . . . . .	190
45. La Prisión del Héroe, por Rafael del Castillo. . . . .	193
46. El Niño Artillero, por Guillermo Prieto. . . . .	195
47. La Muerte de Hevia, por Ramón Mena. . . . .	198
48. Leona Vicario, por Guillermo Prieto. . . . .	202
49. Iturbide en Iguala, por Antonio de P. Moreno. . . . .	205
50. El Tío Bachichas, por Eduardo E. Zarate. . . . .	213
51. Don Pedro Moreno, por Guillermo Prieto . . . . .	218
52. La Corregidora, por Rafael Nájera. . . . .	220
53. La Campana de Dolores, por José López-Portillo y Rojas . . . . .	225
54. La Decapitación, por Rafael del Castillo . . . . .	233
55. La Esposa del Insurgente, por Pablo J. Villaseñor. . . . .	236
56. Acapulco, por Guillermo Prieto. . . . .	245
57. El Color de la Bandera, por Rafael Nájera. . . . .	248

58. La Batalla de Calderón, por Guillermo Prieto. . . . .	254
59. Juan Cueva, por J. Antonio Rivera G. . . . .	258
60. Las Norias de Baján, por Guillermo Prieto . . . . .	263
61. La Muerte de Hidalgo, por Guillermo Prieto. . . . .	269
62. Mirña, por Guillermo Prieto. . . . .	273
63. La Tragedia de Padilla, por Antonio de P. Moreno. . . . .	276

# ROMANCERO

DE LA GUERRA DE

# INDEPENDENCIA

POR

Manuel Acuña, Vicente Riva Palacio,  
 José Rosas Moreno, José Peón Contreras,  
 Guillermo Prieto, J. M. Roa Bárcena, Juan de Dios Peza,  
 José López Portillo y Rojas, Francisco Sosa, Gustavo Baz, Manuel de Olaguibel, Joaquín Gómez Vergara, Eduardo E. Zárate, Presbítero Ramón Valle, Rafael Ceniceros y Villarreal, Ezequiel A. Chávez, Juan N. Cordero, Antonio de P. Moreno, Rafael Ruiz Rivera, Ignacio Pérez Salazar, Rafael Nájera, Fulgencio Vargas, Joaquín Téllez, José Fernández de Lara, Rodolfo Talavera, Francisco de A. Lerdo, Ramón Rodríguez Rivera, Diego Bencomo, J. Antonio Rivera G., Mariano de J. Torres, Rafael del Castillo, José de J. Díaz, Emilio de Arriola, E. Amador, Ramón Mena, Pablo J. Villaseñor, etc., etc.

CON ILUSTRACIONES

TOMO II

(Reservados los derechos de propiedad.)

MEXICO, 1910.  
 IMPRENTA DE "EL TIEMPO,"  
 DE VICTORIANO AGÜEROS.  
 EDITOR

1.<sup>o</sup> de Mesones núm. 18